

INFINITO

(Conmovido, velada la voz, haciendo pucheros.)
¡Ay, hija mía! Tú eres un *sephiroth*, disfrazada
de chica de pueblo. ¡Dios te bendiga!

OELIA

No se altere; no se incomode.

INFINITO

Me incomodo porque este buen señor disfrazado de paleta, duda de mi ciencia y me regatea el pan que gano con tanto trabajo y tantos estudios cabalísticos, matemáticos, astronómicos y cosmogónicos, pan muy amargo en verdad. ¡Ay de mí! (Llora.)

PASTOR

Sí que dudo de su ciencia; basta de farsa. Usted, traído por su fiero destino á esta condición miserable, se gana la vida engañando con sus cábalas á la pobre gente de estos barrios. (Oyendo esto, Infinito se levanta dominado por una grande emoción.) Si usted ha visto en nosotros personas que no son lo que parecen, yo veo en usted á un hombre en otros tiempos

ilustre y afamado: al insigne don Pedro del Salar, que desde las cumbres del saber se despeñó en los abismos de la locura; fué recluído en un manicomio, y después, de tumbo en tumbo, de caída en caída, ha venido á parar á esta condición miserable.

INFINITO

(Dirigese lentamente hacia Pastor en actitud luctuosa y dolorida.) ¡Ay! ¿Qué voz es esa que canta la elegía de mis infortunios? (Se abraza á Pastor y oculta su rostro contra el pecho de éste, llorando.)

PASTOR

Venga usted aquí, amigo mío; respire ya; recobre su verdadero estado.

INFINITO

(Mirando atentamente al rostro de Pastor.) Le conozco, le reconozco á usted á pesar de los tristísimos años transcurridos. Usted es de la familia de Pastor.

PASTOR

Sí, José Pastor; y usted don Pedro del Salar, el gran matemático y físico.

INFINITO

Sí, sí. Soy quien soy.

CELIA

(Que durante el anterior pasaje ha sacado del pecho sigilosamente un billete de Banco.) Venga acá, Infinitísimo. (Le coge del brazo y le lleva hacia la derecha.) Y pues usted ha de traernos á Germán, aquí tiene el anticipo. (Le da el billete.)

INFINITO

A eso iba. Haré por traéroslo. (Examinando el billete, acercándolo mucho á sus ojos cansados.) Esto es un abonaré de los que pone en circulación el llamado Banco de España. (Lo mira detenidamente por un lado y otro.) Es bueno, es bueno; y aquí dice en caracteres arábigos, ciento. Cien pesetas. ¡Ay, hija mía, qué buena eres! ¿Me permites que te dé un beso?

CELIA

(Graciosa.) ¡Ay! Eso no, don Pedro; no sea usted disoluto.

INFINITO

(Con júbilo, llamando á su criada.) ¡Regina! ¡Regina! (Aparece Regina por la derecha.)

ESCENA VII

CELIA, PASTOR, INFINITO, REGINA

REGINA

¿Qué quiere, señor?

INFINITO

(Con palabra balbuciente y movimiento coreográfico que indican su desequilibrio cerebral.) Regina, mi administradora, mi despensera, mi cocinera salada; toma este billete.

REGINA

(Mirándolo.) ¿Será bueno? No se fie de esos.

CELIA

(A la izquierda, hablando con Pastor.) ¡Pobrecillo! el billete le ha trastornado.

INFINITO

(A Regina.) No son lo que parecen; son personajes opulentos disfrazados de paletos. Bolsa gorda. Coge el billete, vete á la tienda del tuerto, y allí lo cambias; ten cuidado no te

den duros falsos. Luego vas á la plaza: trae una pierna de carnero, jamón, cuarto de kilo; escabeche de besugo, chicharrones y queso de Roquefort. Vas á la confitería y te traes media docena de pasteles; y no me sises, no me sises. Tráeme la vuelta completa.

REGINA

¡Qué le he de sisar!

INFINITO

Vete pronto.

REGINA

¿Y me deja comprar lo que me hace falta?

INFINITO

¿Qué?

REGINA

Mire cómo tengo las chinelas; ¿compro otras?

CELIA

Sí, cómprelas, para que se ponga decen-tita.

REGINA

Me voy.

INFINITO

Aguarda un poco; trae también media botella de Rioja.

CELIA

Media, no; botella grande.

INFINITO

Muy grande.

REGINA

Bien, señora. (Vase.)

ESCENA VIII

CELIA, PASTOR, INFINITO; al fin de la escena, LEONARDA y VIRGINIA

CELIA

(Impaciente.) Bueno, don Pedro; si ha de traernos á Germán, váyase pronto.

INFINITO

No hay prisa todavía; tengo que dar algunos pasos, y espero el oportuno momento. Yo sé cuándo tengo que irme.

PASTOR

Ya que ha visto usted que puede hacer milagros sin tantos embelecos, lo mejor será que pegue fuego á todo ese papelorio lleno de formularios mentirosos.

INFINITO

¡Ay, amigo mío! Quemarlos, no. Con esos papeluchos, con esas armas, me he defendido del hambre en mi triste vejez. El libro que el ángel Raziél entregó á nuestro padre Adán, me ha dado lo suficiente para unas sopas y un cocidito... Fijense ustedes en la misera condición del vecindario de esta casa y de las adyacentes. Aquí no hay más que gente pobrísima, vendedores ambulantes, menestrales de la clase más humilde, obreros cargados de hijos, que apenas ganan para ir tirando malamente. Las mujeres anémicas, los hijos encanijados, trabajadores en ruda pelea con sus patronos, que unas veces les despiden sin motivo, otras les rebajan la soldada; industriales en pequeña escala que son víctima de la brutalidad de los asentadores, niños que desde que nacen vienen al mundo empadronados para el cementerio... ¡Oh mun-

do miserable! ¡Oh sociedad sin brújula ni gobierno! A esta plebe desvalida no llega la acción de los ricos, que viven allá arriba descuidados de todo lo que no sea su propio interés. Apenas llegan acá migajas de las caridades aparatosas que derraman sin ton ni son las clases pudientes.

CELLA

Muy bien, don Pedro. Y usted vive entre estas pobres gentes, y las ama y las consuela.

INFINITO

Sí, sí. Todos mis cariños son para este ouen populacho que, desamparado de los gobiernos, esquilado por el fisco, hostigado sin cesar por los polizontes, vuelve sus ojos á lo desconocido, al más allá, á lo infinito... Ya saben ustedes, y si no lo saben apréndanlo ahora, que lo finito tiende á volar hacia lo infinito cuando se ve en desgracia. Ejemplo yo; ejemplo todos mis clientes y parroquianos. Los hombres se resignan; las mujeres chillan, alborotau, y llorando vienen á mí pidiéndome la cura del chiquillo enfermo, la comunicación con un sér ausente, el arbitrio para encontrar dinero, el premio de la lote-

ría, y mil y mil consuelos fantásticos y sobrenaturales. Vean ustedes el secreto de mi agencia cabalística. En esta mesa, con el auxilio de estos librachos infundiosos y pestilentes, soy el hechicero de los infelices que han perdido la esperanza del bienestar, la fe religiosa y la fe social. A mi modo yo consuelo á los afligidos, yo pongo unas gotitas de agua en la boca del sediento. Claro es que les engaño con risueñas ilusiones... ¡ji... ji... Yo consuelo á toda esta gente... ¡ji... y al mismo tiempo cómo... ¡ji... ji... que también yo soy hijo de Dios... y no dirán que abuso. A las muy pobres, por ponerles al habla con un sér difunto, no les cobro más que una perra gorda.

CELIA

(Impaciente.) ¿Y no será ya hora de que vaya usted á traernos á Germán?

INFINITO

Sí, ya voy. (Coge su sombrero para salir; detiénese.) ¡Ah! Si antes que yo llega Regina mi asistenta, háganme el favor de decirle que ponga inmediatamente al fuego, en cazuela, la pierna de carnero; hoy es día grande, me permito un extraordinario.

CELIA

Descuide; yo ayudaré á Regina, y tendrá usted hoy una comida suculenta.

INFINITO

Ji, ji, ji. Bien me la merezco. Hasta luego. (Al intentar salir aparecen Leonarda y Virginia, que viven en el patio próximo.)

LEONARDA

¡Ay, don Pedro de mi alma!

VIRGINIA

No se vaya, por Dios, que tenemos que hablar.

INFINITO

¿Qué les pasa?

LEONARDA

Vengo sobre mi marido, á ver cómo le colocamos.

VIRGINIA

Mi chico está peor, enteramente baldadito...

INFINITO

Pues yo tengo que salir; pero si despa-
cháis pronto...

CELIA

No, no, don Pedro; váyase usted. Yo me
encargo de servir á estas señoras. Yo sé todo
este requilorio tan bien como don Pedro.

INFINITO

Mejor que yo lo sabe; es mi discípula.

CELIA

(Sentándose en la silla de Infinito.) Ya estoy en
funciones. A ver, señoras. ¿Qué quieren?

LEONARDA

Don Pedro ya lo sabe.

INFINITO

(A Celia.) Ésta pide al Ayuntamiento un
destino para el marido. Esto es lo que lla-
man la cábala de facción ó de partido. Aquí
está el formulario. (Le entrega un cuaderno. Apar-
te; á la izquierda.) ¡Qué conflicto, Señor! ¿Dónde

encontraré á ese Germán, esa bala perdida?
¿Estará en el planeta Júpiter, vulgo Esta-
ción de las Pulgas? No, no. ¿Estará en la ta-
berna del Cuco, vulgo región de los Zefirots?
No sé. Lucido quedo con estos señores si no
lo traigo. ¡Angel Raziel, ilumíname!... guía
mis pasos. Voy, voy. (Sale á la calle.)

ESCENA IX

CELIA, PASTOR, LEONARDA, VIRGINIA; después LEONCIO

CELIA

A ver, tú.

LEONARDA

Mi Julián, desde que le cogió el tranvía
está imposibilitado. Póngale al alcalde una
carta con salutación, verbigracia, puestas las
letras en forma y manera que sean como ve-
nidas de las potencias celestiales.

CELIA

(Hojeando el libro.) *Julianus. Capadocius. Se-
phirots. Alcaldibilis in terran, matritun ga-
rabatin lucis.* Esto es muy sencillo. ¿Y tú?
(Dirigiéndose á Virginia. Entra Regina y pasa hacia

su habitación, llevando el cesto.) ¿Tienes un niño enfermo?

VIRGINIA

Sí, señora; baldadito de la pierna.

CELIA

¿Le han puesto la pierna en escayola?

VIRGINIA

No, señora; ha dicho el médico que hay que llevarle al *espital* para mirarle la rodilla con eso que llaman los rayos de la equis. Póngame una oración de San Rafael que ahí tiene don Pedro, la cual es como un sortilegio que se le pone después de untarle con aceite de las lámparas benditas.

PASTOR

Pronto se les arreglará eso. Celia, ya sabes.

CELIA

(Haciendo garabatos en un papel.) A ello voy. Siéntense las dos aquí, y esperen un rato. En un momento haré la conjuración del anagrama pentacróstico y peripatético; mas para

que yo pueda trabajar, necesito no ser vista ni oída. Háganme el favor las dos de taparse los ojos y no pronunciar palabra alguna mientras yo me pongo en éxtasis. (Sale Leoncio de su casa, se acerca lentamente y permanece á discreta distancia de la mesa, observando.) Vamos, vamos, ya empiezo. (Las dos se tapan los ojos.)

PASTOR

Mucho cuidado, señoras; tápanse bien y estense calladitas. (Mientras permanecen con los ojos tapados las dos mujeres, Celia saca rápidamente de su seno los billetes de Banco. Coge dos. Coge al propio tiempo de la papelería de don Pedro dos sobres y dos hojitas de papel, mete cada una en su sobre añadiendo un billete de cien pesetas; cierra luego los sobres, y escribe una palabra en cada uno de ellos.)

CELIA

(Suspirando fuerte.) Ya está.

LEONARDA

¿Podemos abrir ya?

CELIA

Abran. (Fingiendo cansancio.) ¡Ay, lo que me ha costado esto! (Fingiendo no ver bien.)

Vengo encandilada de las luces infinitas que refulgen en los aposentos celestiales. (Mostrando los dos sobres.) Aquí tienen ustedes cada una su remedio. Este es el de Leonarda. (Se lo da.) Este el de Virginia. (Se lo da.) Ahora falta una cosa muy esencial; fijense bien en lo que les advierto. Se van ustedes cada una á su casa sin abrir este sobre. No pueden abrirlo hasta que pase hora y media, más bien minutos más que minutos menos, y durante este plazo han de estar con el mayor comedimiento ocupadas en sus faenas domésticas; pero sin blasfemar, sin charlotear con las vecinas. Dentro del sobre van las instrucciones de lo que deben hacer para que dé buen resultado el conjuro.

LEONARDA

Está bien; muchas gracias.

VIRGINIA

¿Y cuánto le debemos?

CELIA

A mí, nada. Páguenle á don Pedro lo que él les diga.

LEONARDA

Joven; su cariz y su habla me recuerdan á una gitana de las Cambronerías, la cual, poniéndose en punto de ensoñación, hacía cada milagro que temblaba el misterio.

VIRGINIA

Es usted mismamente como aquella gitana: los mismos ojos pillos, la boca graciosa... La color sí que es muy otra.

CELIA

Sí, sí; yo soy esa gitana.

PASTOR

Lo de la color es porque se ha pintado de blanco.

CELIA

No; es que me he despintado de lo moreno.

LEONARDA

(Levantándose.) Vaya, con Dios, y que haiga salud.

VIRGINIA

Lo mismo digo; adiós.

CELIA

Váyanse pronto, que está aquí un señor esperando. (Se van las dos mujeres por el patio.)

ESCENA X

CELIA, PASTOR, LEONCIO

LEONCIO

(Avanzando.) ¿Se ha ido don Pedro?

PASTOR

Sí señor; pronto vendrá.

CELIA

Caballero, ¿quiere usted que le saque el horóscopo ó que le adivine alguna cosita?

LEONCIO

Gracias. Ya he visto que el gran Infinito

la dejó á usted aquí para sustituirle en sus enredos cabalísticos.

CELIA

Justamente; soy su discípula, su secretaria. ¿Necesita consultarme sobre algún asunto concerniente al mundo invisible?

LEONCIO

(Con amabilidad.) Gracias, señora mía. Yo no me ocupo más que de lo que está al alcance de mis sentidos.

CELIA

¿No me reconoce usted como discípula y secretaria de don Pedro?

LEONCIO

Por tal la reconozco. (Con intención.) Ya pude admirar la destreza con que usted ejerce la ciencia sublime, la ciencia consoladora del gran Infinito.

CELIA

¿Lo ha visto usted?

LEONCIO

Sí, señora. He visto la hermosa respuesta que dió usted á las consultas cabalísticas de aquellas pobres mujeres...

CELIA

¿Y qué más ha notado usted en mí?

LEONCIO

He notado que usted abandona ya el acento paleta con que entró en esta casa.

PASTOR

Es que...

CELIA

Es que hablo el lenguaje que más me acomoda, según las circunstancias.

LEONCIO

Ya, ya. Las personas que no pertenecen á este mundo mísero no pueden, no saben disimular su calidad.

CELIA

Bien. ¿Quiere usted algo de mí?

LEONCIO

Poca cosa. Ocasionaré á usted una pequeña molestia. Hágame el favor de abrir ese cajón.

CELIA

(Tirando del cajón.) Ya está.

LEONCIO

Encontrará usted un gran montón de sobres con la dirección escrita.

CELIA

(Sacando un montón de sobres.) Aquí están. (Leyendo algunos sobres.) «Francisco López, cantero, Amparo, 10.» «Aquilino Soto, curtidor, Tribulete, 3.»... «Ramón del Río...»

LEONCIO

Son los obreros á quienes tengo que dirigir una circular para...

CELIA

(Oponiéndose á que Leoncio coja los sobres.) Perdone usted, señor mío. Estos sobres dirigidos á los obreros de esta casa y de otras casas de

estos barrios los necesito yo para mis cábalas... Si no lo entiende le sacaré el libro de los Sephirots y de los Asiats.

LEONCIO

Señora...

CELIA

Pastor, guárdame estos sobres. (Da el paquete de sobres á Pastor.)

PASTOR

Vengan.

LEONCIO

(Aparte, confuso.) ¿Qué querrá esta señora?...
(Entra de la calle Infinito, sofocado, limpiándose el sudor de la frente.)

ESCENA XI

CELIA, PASTOR, LEONCIO, INFINITO; después ESTER

PASTOR

Ya está aquí don Pedro.

CELIA

(Levantándose, corriendo á recibir á Infinito.) ¿Y Germán?

PASTOR

¿No le ha encontrado?

INFINITO

(Jadeante.) No... no; pero... pero...

CELIA

(Con gran ansiedad.) ¿Pero qué?

INFINITO

Tranquilícese. Sé dónde está; pero no podré traerle... hasta después... En cambio, para que vea usted que la he servido bien, vendrá su mujer.

CELIA

(Estupefacta.) ¡Su mujer!

INFINITO

Sí... sí; Ester. Ahora vendrá.

LEONCIO

Ester, una chica excelente: Ya está aquí.
(Entra Ester de la calle y avanza tímidamente.)

INFINITO

Pasa, Ester. Esta es la señora disfrazada de paleta de quien te he hablado.

CELIA

(Como aielada.) ¡Ester! (Ester corre hacia Celia y se arrodilla ante ella con gran emoción.)

ESTER

¡Celia, señora y hermana mía! (Le besa las manos. Pausa.)

CELIA

(Con intensa emoción.) Levántate. (Levántase Ester; se abrazan y se besan.)

ESTER

¿Has venido á buscarme?

CELIA

(En gran confusión.) No... (Recogiendo sus ideas.)
Sí, sí; he venido...

ESTER

Bendita seas si has venido á perdonarme.

CELIA

Perdóname tú á mí... Saliste de mi casa sin que yo te diera el socorro que debí darte.

ESTER

Olvidemos eso...

CELIA

Tú olvidas, eres feliz... Yo no sé olvidar.
(Dominada por intensa emoción se lleva el pañuelo á los ojos. Acometida de un ligero desvanecimiento, se deja caer en una banqueta próxima.)

ESTER

Señora mía, ¿por qué esa turbación?

ESTER

Me figuro, hermana mía, que te cuesta trabajo preguntarme por Germán.

CELIA

(Rehaciéndose, sacando fuerzas de flaqueza.) Pues te pregunto... ¿Eres su mujer ó es que... vivís juntos sin estar casados?

ESTER

No estamos casados; pero desde que salimos de tu casa no hemos estado separados ni un solo día.

CELIA

(Con gran estupor.) Pues me habían dicho... Sigue, cuéntame.

ESTER

Desde hace un mes trabajamos en la gran Trapería de Cross. Germán está hoy en la estación recibiendo la mercancía que viene de provincias.

CELIA

Quiero verle, he venido á buscarle. ¿Qué taller es ese donde trabajáis los dos?

ESTER

La Trapería de Cross, muy cerca de aquí.

LEONCIO

(Que se aproxima con Pastor é Infinito al grupo de las mujeres.) El grandioso depósito donde se recoge todo el desecho de la vida y de la sociedad para devolverlo á la industria y constituir nueva riqueza, vida nueva.

INFINITO

Es el detritus social que renace en las manos de una empresa poderosa.

PASTOR

Cross y Compañía. Conozco esa casa.

CELIA

¿Almacén de trapos? ¿Despojos que vuelven á la vida?

LEONCIO

Véalo usted, señora.

CELIA

(Con entusiasmo.) He venido á los infiernos, y no me retiraré sin ver ese antro en que los despojos se transforman, y las cosas muertas resucitan. Vamos allá. (Enlazadas por la cintura, Celia y Ester van delante hacia la calle, seguidas de Leoncio y Pastor. Infinito, haciendo el signo de comer, se va su casa, á cuya puerta se asoma Regina.)

Telón.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Gran almacén de trapos. En el centro y en el fondo del escenario montones de trapos de todas clases. Grupos de mujeres situadas junto á largos table-ros, se ocupan en separar las tres clases de hilo, algodón y lana, para formar con ellos nuevos fardos, que serán expedidos á diferentes fábricas. En lo más hondo de la escena, se ven los aparatos de desinfección, hornos ó calderas. Los grupos de mujeres que hacen la separación del género, están dirigidos por tres capatazas que inspeccionan la labor. A la izquierda una mampara de cristales con ventanillo practicable, tras de la cual está la gerencia y administración del establecimiento. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CELIA, ESTER y Pastor, que entran por el fondo. Las obreras cantan. El telón sube lentamente.

PASTOR

Aquí tienes, Celia, el formidable establecimiento de trapos, fin y principio de industrias colosales.

CELIA

(Observando atónita.) Esto es grande... es también hermoso...